

LAS CUESTAS DEL BALDÍO

Dense prisa por favor que ya es hora
(T. S. Eliot)

Una figura humana es algo que se pierde fácilmente en la vasta soledad del yermo. No es sólo una cuestión de percepción sino que también afecta al individuo. Cualquiera puede sentirse anonadado frente a la inmensidad inculta y caer en la tentación de empequeñecerse más, incluso interiormente.

Pero no era el caso de Pedro Galván. Unos ojos que supiesen ver hubieran sido capaces de distinguirlo en el paisaje y en su fuero íntimo había demasiadas cosas para que pudiera condensárselas.

Apagó los últimos rescoldos de la hoguera y se dispuso a reemprender el camino. Otro día de búsqueda. Otro día que tal vez sólo trajera decepción o peligros insospechados.

Pero era necesario seguir. En alguna parte del páramo tenía que existir un refugio, el sitio para el nuevo inicio. Atrás sólo quedaban las Ruinas.

I

No había sido la guerra siempre anunciada, temida y esperada. Sencillamente la Naturaleza terminó sublevándose y la estupidez humana se encargó de hacer el resto.

Los agujeros de ozono de los polos se habían seguido ensanchando. El cáncer de piel, la esterilidad y las mutaciones se volvieron inevitables. La población mundial disminuyó, pero también mermaron las fuentes de alimentos y el hambre continuó siendo una amenaza latente. Por suerte —para decirlo de algún modo— el problema de la radiación ultravioleta tuvo una solución momentánea: las plantas industriales que sobrevivieron a la crisis económica que coincidió con aquella situación siguieron produciendo y las nubes de monóxido de carbono y de sulfuro de hidrógeno cubrieron la Tierra trayendo el efecto invernadero. Y la lluvia ácida.

Luego se agotaron los combustibles fósiles y hubo que buscar nuevas formas de energía. No obstante, la geotérmica, la hidráulica y otras alternativas no resultaron suficientes. Buenos

Aires se mantenía gracias a las variaciones en los gradientes de temperatura del Río de la Plata. Las reacciones químicas entre los distintos contaminantes disueltos en el agua habían hecho que el proceso hidrotérmico alcanzara niveles aceptables de rendimiento y los productores de electricidad se convirtieron en los nuevos amos. Los escasos núcleos de tecnología remanentes que podían comprarla se transformaron en sus feudatarios. Los Estados desaparecieron. Sólo la iniciativa privada conservaba cierto visaje de orden, limitado a parcelas individuales, para beneficio de unos pocos.

Al poco tiempo sucedió lo inevitable y los pequeños señores comenzaron a batallar entre sí a través de las redes informáticas y las autopistas de datos. Surgió entonces un nuevo grupo de gente: el de los guerreros libres, aquellos que sabían cómo infiltrarse en sistemas ajenos. Mercenarios que se ponían al servicio de alguien más poderoso. Ofrecer el código de seguridad de la base de datos personal equivalía a someterse a quien brindaba protección pero al mismo tiempo tenía dominio absoluto sobre uno. Hasta que se lo podía suplantar. O hasta que lo arrastraba en la caída producida por otro más hábil. O más fuerte.

Galván miró el monitor vacío. Estaba seguro de haber aniquilado al atacante; pero el sistema del bastión también había sido destruido. Se acercó a la ventana. Las hordas de la calle

seguían momentáneamente contenidas por los elementos de defensa autónomos. Una lucha en dos frentes: las masas sumergidas en la barbarie y los señores de los Reductos.

La Segunda Edad Oscura. Pero ésta era auténtica. Desesperanzada. Sin una fe viva que pudiera preanunciar un Renacimiento. Sin nada que pudiera darle importancia a la palabra Hombre.

Revisó las notas de su protector muerto por una sobrecarga durante el ataque, con el cerebro calcinado a través del casco electroneural que le permitía luchar en un campo de batalla virtual. Las últimas proyecciones indicaban que un setenta por ciento de los sobrevivientes del complejo se uniría a las hordas. Y eso había sido tres horas antes de que Galván pudiera acceder a una terminal operativa y consiguiera evitar el colapso total.

Para ese entonces, el invasor ya había entrado al rígido. Sólo le quedó la opción de jugar el rol del ratón y tratar de escapar del gato que lo corría por las intrincadas ramas del árbol de directorios. Mientras intentaba recuperar sus propios archivos, borró un maestro y generó la imagen fantasma de una copia de seguridad. Cuando el virus asesino se abalanzó sobre ella para violarla, el programa suicida que se ocultaba detrás contragolpeó en el sistema del intruso y consiguió anularlo. Pero ya era tarde. En el complejo sólo podía contar con él. El resto estaba desmoralizado y a punto de desbandarse.

Una parte de su mente lo empujaba al olvido, a la inacción. Pero los años de instrucción (y el instinto de supervivencia) le impedían rendirse.

Analizó sus recursos y opciones de retirada. Los Túneles lo alejarían del edificio agonizante que atraía a los depredadores. Luego todo dependía del azar y de lo acertado de su elección.

Había poco para escoger. Unos baluartes con los que existía una relación aceptablemente buena (pero debilitados ante la caída de la fortaleza propia) y unas zonas inidentificables muy al sur o al norte de la vieja ciudad. Lejos. Extremadamente lejos. En los confines del Baldío.

Pero también inmediatamente al oeste había algo enigmático.

Optó, en consecuencia, por lo último. Tomó un equipo de emergencia —una unidad portátil, raciones Q y los pertrechos que pudo cargar— y se encaminó hacia una de las salidas de escape. Al pasar por su cabina sólo recogió un pañuelo de cuello azul que colgaba de un crucifijo de madera al que dejó en la pared. Él ya llevaba su cruz. Llevaba un cementerio. Un vía crucis que pesaba tanto como la existencia y para el que no hacían falta símbolos.

II

El coche de baterías eléctricas lo había llevado hasta el extremo de los Túneles, en los límites de la ciudad. Era de noche y la llovizna se había vuelto más intensa, por lo que aprovechó para

escabullirse por entre las Ruinas. En un par de oportunidades divisó alguna sombra furtiva que se alejaba presurosa y él también cambió de rumbo. A la altura del Camino del Buen Ayre, sin embargo, tuvo que aguardar bajo un puente semiderruido hasta que terminó de pasar una turba abigarrada y numerosa.

Estaba demasiado cerca del Borde para permitirse un enfrentamiento. La cantidad de criaturas vivas —humanos animalizados y mutantes— era muy grande en ese sitio. Cualquier sonido de lucha los atraería como la carroña a una bandada de cuervos.

El Borde —en definitiva— era la boca del infierno. Allí se reunían los marginales que se recogían a restañar sus heridas o que planeaban un nuevo asalto —cada vez más difícil e improductivo— a las ciudadelas. Con la caída de cada bastión, el flujo de las caravanas de alimentos fuertemente armadas que aún mercaban con los señores de los Reductos disminuía más y más y las luchas entre las pandillas aumentaban su frecuencia.

Los restos de la ciudad agonizaban. El silencio de la noche se rompía de cuando en cuando por el rumor de algún tumulto y el ladrido de las jaurías de perros salvajes.

Enfiló hacia el oeste. En Luján había algo; no sabía qué, pero las opciones del norte tenían rutas obligadas que pasaban por sitios antiguamente muy poblados, sitios que siempre podían resultar peligrosos. En última instancia, si aquello era sólo una esperanza estéril, desde ahí

podía desviarse por las zonas más abiertas de la pampa húmeda hasta Bahía Blanca y luego entrar en la Patagonia.

Marchó a través del verdegrisáceo que era lo que quedaba de la antigua vegetación y cuando llegó al cruce del arroyo Carabasco con los restos de la ruta 28, lo vio. En el poniente, en torno al viejo casco de la ciudad, una nube fosforescente rotaba como una serpiente enroscada a un caduceo. A medida que se acercaba, la columna parecía mostrar relámpagos y lenguas de fuego, imágenes de otro mundo, cosas que podían estar o no dentro de ella pero que seguramente no pertenecían a nada que Galván conociera.

Tuvo que ocultarse de algunos grupos de vándalos que merodeaban la zona. Sin embargo, lo sorprendió el hecho de que no fueran más nutridos. Luego intuyó el porqué.

A medida que se acercaba comenzó a oír un sonido ultraterreno. No sabía cómo definirlo. Un zumbido. Voces en coro. Un rugido de advertencia, quizá. O tal vez nada.

De tanto en tanto, salvajes aislados o en grupos trataban de atravesar el etéreo límite giratorio y Pedro los veía ascender arrastrados por una corriente de aire caliente, revolviéndose como una toalla en una secadora centrífuga hasta desaparecer en el sempiterno manto de nubes oscuras que se extendía de un punto al otro del horizonte, desintegrados.

Había, sin embargo, un conjunto de personas que entraba y salía libremente a través del muro. Cuando estuvo más cerca, vio quiénes eran: viejos internados de Open Door con una

extraña luminosidad en las miradas. Y adentro, saliendo del ciclón, cánticos. Melodías hermosas y al mismo tiempo aterradoras.

Trató de atravesar el cerco con una exploración electrónica pero fue imposible. El escáner confirmaba que aquello no tenía un origen natural, pero no podía infiltrarse para determinar qué había más allá. Se advertía una lógica, pero era inútil intentar cualquier método de acceso. Ninguna palabra clave; ningún código válido después de varios intentos. Tan sólo —luego de un rato— una señal de alarma en la pantalla.

Por un momento le pareció que la masa de vapor tomaba la configuración de seres alados con espadas flamígeras. Luego volvió a convertirse en un cilindro liso que giraba a velocidad vertiginosa.

Cerró el enlace y se volvió hacia el sudoeste. Miró hacia atrás. Los locos seguían entrando y saliendo como si aquella muralla no existiese. Por un momento trató de imaginarse qué era lo que encontraban, qué era lo que les daba aquel aspecto de estar viendo más allá del mundo. Luego dejó de especular. Era algo tan inútil como tratar de adivinar qué medio empleaban para pasar de un lado al otro. Sólo ellos lo sabían. Ellos y —supuso— los que estaban adentro y no tenían o no sentían la necesidad de salir.

Suspiró y siguió caminando tratando de no recordar todos los kilómetros que lo estaban esperando. Echó un último vistazo hacia atrás, un tanto abatido. De repente, el torbellino

pareció abrirse un momento y creyó ver el pináculo de la basílica. Cuando se volvió, inexplicablemente, se sentía más animado, más aliviado. Adelante estaban la llanura inmensa y lo desconocido. Atrás quedaban las Ruinas y la decadencia. Entre todo eso estaba él; sólo él. Pero se sentía joven y fuerte y capaz de enfrentarse a los inconvenientes.

III

Al caer una noche acampó en las estribaciones de Ventania. Al poco tiempo advirtió que a unos setecientos metros —más allá del faldeo de la siguiente sierra— se estaba concentrando un grupo de gente. Era la segunda vez desde la partida que se tropezaba con un nutrido número de salvajes.

El tumulto generado por la turba era demasiado fuerte y Galván no pudo resistir la tentación de averiguar el motivo. Se acercó lentamente a las hogueras y vio un espectáculo para el que no estaba preparado.

En el centro del puerto se congregaba una multitud. El jefe era fácilmente reconocible por la piel de jabalí que lo cubría —los colmillos guardados por dos cuchillas de acero, metal máspreciado que el oro, emblema de los dioses— y por las cicatrices que denotaban los desafíos que había enfrentado para conservar el liderazgo. A su costado, el chamán presidía la

ceremonia. Tocado con un manto de macho cabrío, los cuernos arrojaban siluetas espectrales a la luz del fuego. La horda seguramente había asolado los restos de la antes próspera Bahía Blanca. Muchos de los bárbaros mostraban las heridas del combate. Algunos no veían el resplandor de la siguiente luna velada por las nubes. Pero quedarían los suficientes para seguir sembrando el caos y la destrucción.

Mas lo terrible no era eso: el pensar en la tormenta de muerte que desataban en los escasos núcleos de civilización. Lo más espantoso era lo que se presentaba ante los ojos de Galván: la imagen de los asadores. Y de lo que se cocía en ellos.

Justo frente a él se alzaba el cuerpo crucificado de una mujer —viva aún, lacerantemente viva y sufriente pero demasiado agotada, demasiado cerca de la muerte para poder quejarse— arrimada al implacable calor de las brasas. A su alrededor se veían los huesos pelados de otros desgraciados que ya habían sido devorados semicrudos.

Galván sintió que lo poco que tenía en el estómago le volvía a la garganta. Su alma agonizaba a punto de morir por el espanto. Había oído del canibalismo de las hordas. Había tenido noticias de los ritos bárbaros que se estaban generando. Podía comprender la lógica animista del concepto de que la energía vital de la víctima pasaba al victimario. Pero aquello era demasiado y se revolvió todo su ser. Mas no era todo.

Cuando la gente comenzó a cortar las partes carnosas de la mujer, el hechicero apareció con la siguiente pieza de comida y Galván no pudo soportarlo más.

Efectuó tres disparos con su arma de alto poder. El primero cortó la agonía de la mujer. El siguiente destrozó el pecho del jefe de la tribu y el tercero reventó los intestinos del brujo, que se quedó aullando y retorciéndose en el suelo mientras lo invadían los lentos estertores de la muerte.

Una granada de magnesio encgueció a la turba mientras cargaba con el subfusil de asalto. Recogió al bebé —la sangrienta herida en el costado y los gemidos primarios hicieron que se le inundaran los ojos de lágrimas— y trepó por una de las laderas del valle. La horda intentó perseguirlo pero estaba demasiado desorganizada por efectos de la sorpresa para ser efectiva. Bajó en *rappel* hacia un abra, recogió la cuerda y escapó a su campamento.

A media mañana del día siguiente, la criatura murió. Se había pasado toda la noche en vela, consumiendo los sedantes de su botiquín, tratando de curar las quemaduras y las heridas del bebé. Pero fue inútil.

La última imagen del chico quedó grabada para siempre en la mente de Galván. Antes de expirar —completamente anestesiado e igualmente debilitado— alcanzó a clavarle la mirada. Fue incapaz de explicarse el sentimiento de aquellos ojos pardos, pero experimentó una

inefable sensación de agradecimiento. Quizá por la ayuda. Tal vez por el solo hecho de haber estado allí. O acaso fue sólo una racionalización inconsistente de su mente. Una forma de tratar de sentirse menos mal.

Pero el pesar seguía existiendo. Era imposible borrar el dolor que le ocasionaba pensar que estaba inmerso en un mundo en el que tanto una mujer —dadora de vida— como un ser nuevo con una potencialidad aún desconocida podían ser tan poco apreciados.

Por un momento se preguntó si tenía sentido seguir tratando de encontrar algo que valiera la pena. Tomó el cuerpo que se iba enfriando lentamente y lo enterró desapasionadamente, como si se tratara de un mal recuerdo. Cuando concluyó, no pudo evitar que un vómito regara el costado de la sepultura. Acaso —sin saberlo, pero necesariamente— un acto de contrición ante la Madre Tierra.

Hay quienes dicen que luego creció una planta con flores de colores en ese sitio, la única durante mucho tiempo en una tierra desertizada. Acaso sea tan sólo una leyenda. Pero podría ser cierto.

IV

No había esperado encontrarse con ninguna dificultad en el camino que había escogido al dejar atrás la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, frente a él se erguía un cíclope. Inmenso.

Amenazante. Luego se dio cuenta de que el otro ojo de la criatura estaba cubierto por una placa córnea como las que tenía sobre todo el cuerpo. Los dos ojos eran atavismo. El lenguaje también. No había forma de comunicarse con el mutante. Él sólo veía alimento: la carne de Galván.

Le disparó al pecho apenas se le abalanzó revoleando una porra pero fue inútil. El blindaje era demasiado grueso o quizá tuviera más de un corazón. Cuando le iba a apuntar a la cabeza, el otro le rozó el costado del cráneo con la clava. Galván rodó sobre sí mismo por el piso tratando de despejarse.

Un disparo de su arma de energía apenas lo hizo vacilar. Las placas que formaban el caparazón disipaban la potencia de las descargas. La única opción era acertarle un proyectil de alto poder en el ojo libre, un impacto casi imposible. Pero tampoco había forma de huir.

El mutante, sin embargo, era lento. Galván se le aproximó mientras empuñaba el grueso cuchillo de monte. Era arriesgado. Pero podía ser la única diferencia entre la vida y la muerte.

En cada finta trataba de introducir la hoja en las articulaciones de las placas del ogro. Un par de veces sintió el silbido de la maza que el otro empuñaba al pasar a milímetros de su cabeza.

De repente, un brazo del cíclope impactó sobre su costado. Mientras perdía el aire, Galván consiguió cortarle el tendón del hombro izquierdo al tiempo que retrocedía. Trató de respirar mientras sentía una o dos costillas rotas. El brazo del gigante pendía laxo a su costado. Se

había enfurecido lo suficiente para olvidarse de Pedro. Gruñó y pateó levantando una nube de polvo. Cuando se volvió hacia su adversario, Galván se había recuperado lo suficiente para poder seguir luchando. Estaba casi de rodillas, sufriendo pero preparado. El mutante levantó la porra para aplastarlo. El otro brazo le pendía inútil.

Pedro Galván se lanzó de frente. El cuchillo penetró en la garganta del monstruo y Galván trató de apartarse pero no pudo. Antes de que pudiera retirarse el mutante se desplomó sobre él. Una mole inmensa que volvió a quitarle el aire de los pulmones. Pero había muerto. Él, por su parte, acabó desmayándose.

Cuando recobró el conocimiento, el rostro rubicundo de un pelirrojo barbado se inclinaba sobre él.

—Hola, soy Sam Hyams —le escuchó decir.

Era un viejo descendiente de galeses de Dolavon que había subido hasta el río Negro para subsistir como barquero. “Soy el portero de la Patagonia”, bromeaba. Había encontrado a Galván bajo el cadáver del cíclope y junto con su esposa Clotilde le había atendido las heridas con la solicitud de un criollo.

Aquella noche Galván pudo disfrutar de una comida casera como hacía tiempo no recordaba. Don Samuel —que prefería ser llamado Sam— preparaba además una cerveza

espesa como un jarabe a la que no mezquinaba. Allí, en la cabaña junto al río, parecía vivir bucólicamente en medio de un mundo caótico.

—Lo único que extraño —le comentó a Galván mientras doña Clotilde servía otra porción de un guiso estupendamente condimentado— son las viejas fiestas florales. Aún puedo rememorar con alegría cuando gané en el último *Eistedfodd* que se realizó en Chubut.

—¿Con qué obtuvo el premio? —le preguntó Galván, que algo conocía de las costumbres galesas.

—¡Ah! —sonrió halagado el viejo—. Con un poema sobre Gruffyd y Llywelyn, los últimos defensores de la libertad de Gales. Pero eso no era nada comparado con lo que tenía pensado para más adelante: el himno a Peredur, el héroe esforzado del Mabinogion.

—¿Y lo piensa componer, pese a todo?

—Quizá —dijo Hyams mientras llenaba una pipa y lo miraba con atención—. ¿Por qué no?

Luego se quedaron en silencio, mirando las llamas del hogar, hasta que se retiraron a dormir.

Dos días después, Galván le comentó al botero sobre su intención de continuar el viaje.

—Está bien —le contestó el viejo—. Pero antes que Clota te lave la ropa. Estás muy sucio para seguir así. Además hoy es 29 de abril. Te cruzo mañana a medianoche, cuando la corriente es más propicia.

Galván estuvo de acuerdo y no pudo resistir la tentación de ver cómo la anciana realizaba la tarea. Inexplicablemente, experimentó una extraña sensación de alivio cuando las ropas salieron sin mácula.

—Buenas pilchas, m'hijo —le dijo doña Clotilde—. Tenés tela para rato.

Sam Hyams lo cruzó la siguiente noche. Una niebla fosforescente flotaba sobre las aguas. La barca bogaba silenciosamente como deslizándose entre dos mundos y pareció moverse con un solo golpe de remo.

—No sé cómo pagarle todo esto, Sam —le dijo Galván una vez del otro lado.

—No te preocupés —le contestó el viejo con la pipa de brezo entre los dientes—; este viaje te sale gratis. La próxima vez arreglamos.

V

Un amanecer salió de su refugio alertado por un sonido. Pese al efecto invernadero, estaba inusualmente frío y sobre el terreno se había depositado una fina capa de nieve. A unos metros

a la derecha vio el cuerpo muerto de una cría de guanaco. Sobre el cadáver aleteaba un ave carroñera. Unas gotas de sangre se destacaban en la nieve, contrastando con el plumaje del pájaro. Rojo sobre blanco. Blanco con negro.

Galván se sentó sin dejar de observar el espectáculo. Llevó la mano derecha a su brazo izquierdo y desató el pañuelo de cuello que lo ceñía. Otra vez el recuerdo. Otra vez la imagen de Marina. Los cabellos negros que enmarcaban el blanco rostro de labios rojos en los que siempre anidaba una sonrisa. Otro tiempo. Un tiempo que parecía cada vez más lejano, terriblemente distante. Y sólo un pañuelo azul como memoria. Sólo una impronta en las células cerebrales de Galván que se esfumaría cuando la masa neuronal se anquilosara por la senilidad o —lo más probable— se desintegrara como consecuencia de una muerte súbita y violenta.

Las Ruinas son menos tremendas que la memoria, pensó Galván. Los restos de las ciudades impresionaban pero era más terrible el ejercicio del recuerdo. ¿Adónde se había ido todo? ¿Por qué había tenido que pasar aquello? No había habido ningún intento hegemónico como excusa para la destrucción. No esa vez. Sólo la venganza de la Naturaleza. O tal vez simplemente justicia. Una justicia fría y ciega. Pero implacable como esa imagen de muerte que le traía a la mente las escenas de otras épocas, cuando la vida parecía tener sentido.

Pero, se preguntó, ¿lo había tenido? Se acordó del tiempo de las rutinas cotidianas, de la cultura de las urbes, cuando las masas anónimas y solitarias se apretujaban viajando hacia los lugares de trabajo o a sus hogares como una caravana de ciegas hormigas obreras. Rememoró las palabras vacías, la abominable demagogia de los gobernantes, la falsedad mezquina de las pequeñas relaciones humanas —todo el delgado barniz de urbanismo que preanunciaba la futura barbarie— y suspiró.

Se desentendió del festín del ave. Desplegó la antena de la computadora y pidió acceso a un satélite. Necesitaba saber qué camino tomar. Los vigías celestes escudriñaban a través de la capa de nubes y cualquiera que supiera enlazarse con ellos podía ver lo que detectaban sus sensores infrarrojos y de microondas.

En la pantalla de su unidad personal, las zonas donde se agrupaban las hordas variaban de un rojo pálido a un púrpura intenso. Las áreas yermas orillaban el gris. Los pocos reductos importantes brillaban con el amarillo del oro. Pero había unas pocas zonas —amplios fragmentos del mapa— donde sólo se veía una nada enigmática. Ruido blanco. Interferencia en el “ojo” del satélite generadas por las nubes ionizadas. O por algo más. Un escudo u otra cosa. Lo que se buscaba. O lo que nunca se quiere encontrar pero que siempre se encuentra al final de la vida.

Galván caviló. Escogió el camino más fácil: el más vacío. Luego de las experiencias de Tornquist y del mutante, estaba demasiado fatigado para encontrarse voluntariamente con cualquier dificultad. “Que vivas en épocas interesantes”, decía una antigua maldición china. Jodido anatema. Siempre había algo nuevo, algo que podía ser tan peligroso como lo vivido hasta entonces. Y el peligro provenía en parte del desconocimiento de la naturaleza de lo novedoso. Lo de aspecto más inocente podía ser tan mortífero como lo más amenazante. Un encuentro casual con un humano o un breve enlace por la computadora podían ser igualmente riesgosos o venturosos. Nunca se sabía dónde se ocultaba el virus de la destrucción.

Levantó el campamento y siguió. Siguió. Como lo había hecho antes, como lo hizo hasta ese momento. Como había sido siempre en toda la historia de la humanidad.

En ese momento se dio cuenta de lo verdaderamente importante: el objetivo no era la vida, sino vivir. De nada valía lo que se quisiera o deseara; sólo el hacer y el no hacer eran hechos en sí mismos y todo lo que no se intentó pesaba en forma inaguantable sobre la conciencia. Por eso el recuerdo de lo que realmente fue una pérdida podía resultar tan doloroso. Por eso había tantos seres que estaban vacíos, que nunca habían tenido nada.

VI

A media tarde miró hacia el horizonte. No sabía qué era peor: si esa monotonía apenas rota por la carrera de algún ñandú o un reducto agonizante en medio de ninguna parte. A lo lejos se distinguía el vacilante trazado del río Chubut y se dirigió hacia el sureste, donde las aguas dulces se unían con el mar y la vegetación era más fecunda. Rawson ya sólo era un recuerdo y no representaba ningún peligro. Deseaba quitarse de encima el polvo de la meseta y tomar un descanso más prolongado.

Al acercarse distinguió una figura a orillas de la corriente. Instintivamente se fijó si no había nadie emboscado y se aproximó abiertamente para evitar cualquier tipo de suspicacias por parte del otro. En aquel mundo tergiversado, una persona aparentemente sola podía ser el preanuncio de una trampa.

El hombre apenas si le echó un vistazo y siguió ocupado en sus quehaceres. Cuando Galván estuvo a menos de doscientos pasos, se incorporó y lo saludó.

—Soy Pedro Galván —le contestó.

—José Currufil —acotó el otro—. ¿Tiene hambre?

Galván asintió y aceptó la muda invitación de acercarse a la fogata donde se estaban asando unos peces mientras estudiaba a su interlocutor. El pescador era un amerindio robusto

y de pocas palabras que trozó el alimento con gestos casi rituales antes de ofrecérselo a Galván. Era bueno, después de tanto tiempo de comer la correosa carne de los *choiques*, probar otra cosa.

Poco a poco se fue distendiendo y la fatiga de la caminata desapareció. Cayó el crepúsculo y el tenue resplandor del fuego invitaba a la conversación. Currufil era parco pero no hosco. Galván tampoco era muy afecto al parloteo banal, así que fue diálogo pausado y cortés que tenía más el sentido de reconocimiento hacia el otro que el de pánico al silencio.

Currufil era un mapuche cordillerano que prefería vivir en la costa y se mantenía con los productos de la pesca y la recolección y con algunas piezas de caza. Su familia había muerto y cuando no tenía necesidad de procurarse alimentos se dedicaba a tallar objetos de madera. Al enterarse del sentido del peregrinar de Galván, sonrió sin malicia.

—¿La Ciudad de los Césares? —dijo después.

Pedro Galván se sorprendió por la pregunta del nativo referida a Eldorado patagónico. Luego cayó en cuenta de que si bien su interlocutor vivía humildemente no tenía por qué ser inculto. Un poco avergonzado —mientras se escuchaba el batir de las olas— siguió con una charla que rondaba la historia y orillaba las leyendas.

Recordaron los días anteriores al Desastre, los compararon con otros momentos de la cultura humana —casi siempre en su decadencia— y ambos esperaban que el nuevo período no fuese una excepción: la aparición de taras genéticas, el agotamiento del medio ambiente y la crisis de la autoridad solían llevar a una vuelta al pasado en el aspecto sociocultural hasta que se producía la añoranza de una mítica Edad Dorada, la cual daba lugar a una reactivación de las fuerzas dinámicas que permitían la supervivencia de la raza partiendo de la espiritualidad.

En cierto momento, Currufil explicó por qué le gustaba pasar la mayor parte del tiempo a orillas del mar: —Las gentes del sur contaban que Elal les enseñó todas las artes y las leyes. Tuvo que matar a su padre para poder hacer eso. Luego se enamoró de la hija del Sol y de la Luna, quienes se opusieron a esa relación. Finalmente los expulsó a los cielos, pero las fuerzas de la Oscuridad lo persiguieron. Fue acorralado hasta la costa, convirtió a su mujer en sirena y él marchó hacia las islas del este montado en un cisne. Supongo que algún día volverá y todo cambiará. Espero poder verlo.

Se quedaron mirando el fuego en silencio. Durante un tiempo, hasta que se retiraron a dormir, el resto del mundo pareció tan lejano como una mala pesadilla.

VII

Trepó las cuestas del yermo hacia el lugar de donde provenía el brillo metálico. Era como Currufil le había dicho cuando se despidieron: “Subiendo el río, en la entrada de un valle, las puertas de acero”.

Eludió las trampas y llegó hasta la mesa que se alzaba junto a la fuente. Recogió agua de la vertiente con el cuenco que estaba encadenado a ella, la volcó sobre la superficie de metal —los iones del agua termal aumentaban la conductividad del material y cerraban el circuito— y depositó la copa sobre la parte húmeda.

Las nubes sempiternas no habían preanunciado ningún cambio, pero en ese momento un relámpago recorrió el firmamento violeta de un extremo a otro. El trueno subsiguiente sacudió las agujas de los pinos y empezaron a caer gotas del tamaño de huevos de gallina. Los destellos eléctricos enceguecían como el aliento de cien dragones, como la mirada de un basilisco.

Las puertas de metal comenzaron a abrirse —se separaban silenciosamente— pero Galván no les prestó atención. Estaba preocupado por cubrirse de la violencia de la tormenta. Hasta que escuchó el desafío. Justo en el momento en que se detuvo la lluvia lo vio del otro lado de las puertas abiertas.

Frente a él se alzaba un guerrero acorazado que lo encañonaba con un arma. No había tiempo para parlamentar. No tenía sentido. La situación toda carecía de sentido.

Galván rodó hacia adelante en el preciso instante que el otro le disparaba. Frente a frente, ya no había tiempo para elegir un arma. Asió la pala de su equipo y la empleó como maza y hacha. Le arrancó de un golpe el fusil de las manos a su enemigo, quien de inmediato desenvainó un machete. Comenzó un duelo singular.

Pueden haber sido horas. Pueden haber sido minutos. El tiempo ya no existía. Era una lucha por la supervivencia.

En cierto momento la pala de Galván golpeó de plano en la cabeza de su adversario, que huyó hacia el fondo del valle. Pedro Galván no lo persiguió en ese momento. Se sentía demasiado cansado y sabía que era el único camino. Atrás, las puertas habían vuelto a cerrarse. Aquí y allá se veían unos molinos que giraban sus aspas frente a las erráticas ráfagas del viento mientras extraían morosamente la tan preciada agua, aunque el terreno no parecía tan fértil como pudiera imaginarse. Estudió el paisaje y sólo después de un rato pudo seguir las huellas de su adversario hasta el edificio del centro del valle.

Esperaba enfrentarse a una situación violenta pero los habitantes de la ciudadela —casi todos amerindios— lo recibieron de acuerdo con las normas de hospitalidad: le permitieron

refrescarse; le dieron de comer y de beber y le permitieron recargar las baterías de su computadora. No le preguntaron nada. Él tampoco preguntó nada.

A la noche pudo ver a sus anfitriones. En el extremo del salón yacía el señor. Baldado, presumiblemente estéril por efecto de la radiación anterior a la formación de la capa de nubes eternas. Una bolsa de huesos conectada a una serie de terminales —seguramente enlazadas con la computadora central del complejo— que lo mantenían vivo. A un costado estaba su hija. Una mujer que le recordó a Galván todas las viejas heridas. Una joven delgada de cabellos negros, una joven pálida de labios rojos.

En el medio de la comida, por una de las puertas laterales, entró un cortejo fúnebre y el alimento se le atragantó. Sobre una bandeja de plata llevaban la cabeza del guerrero que había luchado contra él. Marcharon en procesión a través de la sala y los comensales vertían al suelo un chorro del vino de sus copas a medida que pasaban frente a ellos.

El muerto —según se enteró entonces Galván— era el prometido de la hija del señor, pero nadie le recriminó nada ni le pidieron explicaciones. Evidentemente, supuso, estaba en una comunidad tan bárbara como las hordas. Sólo la fuerza parecía tener sentido. Sólo la violencia era válida. Decidió seguir su camino.

Al día siguiente le ofrecieron un caballo y no lo rechazó. Si la capacidad de matar daba derechos, no tenía sentido rehusar un trofeo. Acaso lo único que se podía hacer en la vida era luchar y la barbarie de las turbas era sólo un reflejo deformado del estilo de vida de los grandes señores. Pero, para Galván, la muerte por la muerte era mera entropía y —con un dejo de amargura— enfiló hacia el último extremo del Páramo. Atrás quedó el valle con los cauces de los arroyos secos; adelante se extendía la estepa cada vez más árida, cada vez más vacía.

VIII

Estaba sentado en el confín del Páramo. A su costado estaba el caballo. Al sur se distinguía la silueta de la isla de Tierra del Fuego. Sintió los pasos que se acercaban a su espalda y saludó aun antes de incorporarse.

—Buenas tardes, José.

—Buenas tardes, Galván —le contestó Currufil.

Pedro había visto la aproximación del pescador y había encendido un fuego mientras lo esperaba. Se estrecharon la mano y empezaron a matear. Galván le preguntó las nuevas.

—Poca cosa —le dijo el otro—. Seguí por la costa. Algunas gentes pesqueras, pero nada de lo que usted busca. ¿Y por su lado? —le inquirió mientras cabeceaba en dirección al caballo.

Galván le comentó amargamente de su decepción. Currufil sorbió la bombilla y sonrió.
—¡Había sido bruto el huinca!

Pedro lo miró sorprendido. Su interlocutor soltó una carcajada.

—No lo tome a mal, Galván. No me estoy burlando. No de usted, al menos. En cualquier caso lo que me causa gracia es todo lo otro: cómo estamos demasiado lastimados para ver.

—¿Qué quiere decir?

—¿No se dio cuenta? Prejuzó, tuvo miedo y no preguntó nada, como si lo supiera todo. Y todo salió mal. Pensó que el Señor Herido era uno de esos jefes de baluartes que se aferran desesperadamente a la vida y al poder. Eso no es cierto en este caso. Él está atado a una obligación.

Pensó que era un núcleo de costumbres bárbaras por la reacción frente a la muerte del guerrero. Yernos y pretendientes como ése hubo muchos y son los que hacen que el señor no pueda liberarse de la carga. No tiene el poder suficiente para rechazarlos, pero puede evitar que accedan al poderío del lugar.

—Sigo sin entender —dijo Galván.

—Si hubiera preguntado, le hubieran explicado. No hay que tener miedo ni vergüenza de la propia ignorancia. Cuénteme otra vez lo que vio antes de llegar a la fortaleza.

Pedro empezó de nuevo. Los molinos de viento en el valle estéril, ocupados sólo en generar energía. Una construcción en donde las luces brillaban como en ningún otro lado...

—No, no —lo interrumpió Currufil—. Eso lo vemos después. Lo anterior.

—Bueno. Antes de eso, las puertas. Las puertas que cierran el valle. Y la fuente con la llave. —Hizo una pausa.— La tormenta... ¿La tormenta es parte de la llave?

—Sí —le aseguró el pescador.

Galván se quedó pensando. Un lugar con dos fuentes de energía —geotérmica y eólica—, con la potencia suficiente para eliminar el complejo y cerrar las puertas con un sistema electrónico capaz de general tormentas eléctricas que a su vez producían ozono. Pero con un terreno yermo. ¿Por qué?, se preguntó Galván —sin darse cuenta— en voz alta.

—Porque hay que mantener vivo al señor, el único digno y capaz de conservar el baluarte —le contestó José.

—¿Y para qué me lo cuenta? —inquirió Galván—. ¿Por qué usted no hace algo si es que sabe tanto? ¿Cómo se enteró de todo esto?

—Para que lo sepa. Y porque no soy un señor de la guerra. A mí me gusta esto. Si asumiera esa misión tendría que hacer cosas que no me gustan y para las que no estoy preparado, como defenderme de otros señores. Hoy la ciudad está protegida por una cubierta electrónica y

pocos llegan a ella. Pero habrá un día en el que será preciso levantarla para ofrecerles a todos lo que se les pueda dar y habrá muchos que la codiciarán. Ese día hará falta mucha fuerza para intentar evitar que se repitan viejos errores. Fuerza física y fuerza interior. Y lo sé porque viví ahí con mi familia hasta que un grupo de rebeldes trató de aprovecharse de eso. Fue horrible... No creo que pueda volver a soportarlo. Aunque ya perdí lo único valioso que podía llegar a perder.

Galván calentó dos paquetes de raciones mientras meditaba. Cuando le pasó uno a Currufil su voz sonaba distante, como si viniera desde el fondo de sus pensamientos.

—Usted sabe que buscaba un paraíso; un lugar alejado de todo, donde se pudiera vivir en paz y olvidado del mundo. No lo encontré. Sólo vi violencia y muerte. Esto que me cuenta me da miedo. Quizá sea más de lo mismo. Pero ofrece algo que no me atrevo a llamar esperanza. Una nueva oportunidad, tal vez. —Currufil asintió en silencio.— ¿Habría que seguirla?

—No sé —le contestó el otro—. Todo depende de cada uno. No es mi camino, de eso estoy seguro. El destino propio lo debe forjar uno mismo. Todo lo demás no son sino señales en la ruta.

IX

Las palabras de Currufil lo habían afectado de un modo difícil de explicar. Al tercer día se despidió del pescador y cabalgó con rumbo hacia el norte sin un plan definido.

Andaba por la zona del río Pinturas cuando sucedió. La tormenta no había estado prevista. Los mapas satelitales no habían mostrado nada que la preanunciara. Sin embargo, un viento tan ardiente y asfixiante como el zonda barría la meseta de un extremo al otro en el medio del invierno y arrastraba el polvo de un terreno al que le costaba reconstituirse luego de la desertización producida por las ovejas que alguna vez llevara el hombre, ovejas que ya hacía mucho que habían desaparecido.

A duras penas consiguió llegar hasta una cueva que atisbó a su derecha y que le podía servir de refugio para él y su montura. El viento rugía y en la penumbra del mediodía alcanzó a distinguir las borrosas manchas impresas en las paredes. Ahí estaba: un hombre de un mundo agonizante que se protegía en las mismas condiciones que los primeros pobladores de la zona.

Las manos de los muros parecían suplicarle algo, tratar de alcanzarlo a través de la distancia del tiempo con todo el peso de las promesas no cumplidas. O de los sueños no realizados.

El polvo castigaba las ancas del caballo que trataba de meter lo más posible la cabeza en la boca de la entrada buscando respirar una bocanada de aire puro. Galván decidió prepararse algo de comer y recogió unos leños que aún soportaban el viento en la boca de la gruta, a los pies del animal. Se dirigió hacia el sitio más resguardado de la pequeña y angosta gruta, dispuesto a preparar una fogata. Aún meditaba acerca de la necesidad de volver al valle secreto. Recordaba las palabras de Currufil y sopesaba sus limitaciones —pensaba en la tentación de convertirse en un tirano todopoderoso, en la responsabilidad, en las dificultades: en el futuro—. Tenía miedo. Dudaba.

Recordaba la vida en los restos de la vieja ciudad capital. Recordaba los años anteriores a la caída. Recordaba el periplo que inició al dejar las Ruinas. Recordaba y pensaba.

Sabía de la magnitud del caos —los mapas de los satélites militares mostraban puntos “ardientes” casi por todas partes—. Tenía consciencia de la necesidad de evitar el máximo de entropía —todavía quedaban conocimientos que eran imprescindibles; la Naturaleza necesitaba regenerarse; toda vida humana era, de algún modo, importante—. Sentía la tentación del poder. Debía encarar el desafío de la ciudadela oculta. Temía enfrentarse consigo mismo.

Hurgó en la pila de maderas buscando otro leño. La fogata se estaba apagando. El *matuasto* que dormía bajo las piedras se había despertado por el calor que reinaba en la cueva y se le prendió del antebrazo.

El dolor fue terrible. No recordaba haber padecido algo así en toda su vida.

El reptil se le había prendido de la carne y —como era típico en él— no abría las mandíbulas. No había forma de separárselas. Mientras lo sacudía contra las piedras, manoteó el cuchillo. Lo hundió varias veces en el cuerpo del lagarto hasta matarlo, pero sólo pudo liberarse cuando le dislocó las articulaciones de la boca. El veneno de la alimaña —sin embargo— ya recorría sus venas.

Mientras se aplicaba el antiséptico del botiquín, sentía cómo su organismo luchaba contra el necrosamiento de los tejidos. La fiebre le subió en poco tiempo. Ya no le importaba la tormenta. Ya no había mundo ni hecatombe. Sólo existía la nube negra del delirio que avanzaba sin pausa hasta estallar en un brote de inconsciencia.

Obligó al caballo a salir al centro de la tormenta sin rumbo fijo pero con una marcha efectiva hacia el noreste. Para cuando llegó a las Lagunas sin Fondo —bordeando las sierras, orillando entre la vida y la muerte—, había perdido el sentido normal de la percepción.

El viento ya había cesado, pero no se dio cuenta. Sólo vio la superficie de las aguas oscuras que se agitaban más y más. Sólo vio cómo dos bestias surgían del lago y se enzarzaban en una lucha eterna como la de dos dragones enemigos. Sólo vio a Kai Kai Filu y a Tren Tren, las dos serpientes de la mitología araucana, enfrascadas en el duelo eterno de la vida; ambas sabiendo

que ninguna prevalecería; ambas sabiendo que vida y muerte marchan juntas. Cosmos y Caos. Sin resolución. Sólo voluntad y perseverancia.

No presencié el final. O —en todo caso— no lo recordé. Cayó de la montura y los días pasaron. Lo bañó el rocío y el polvo de la estepa lo recubrió como un sudario. Los caranchos revolotearon sobre él sin animarse a descender mientras se sucedían las jornadas y los zorros colorados parecían montar guardia a su alrededor.

Abrió los ojos y el caballo estaba echado a su costado, brindándole calor y compañía. Las aguas del lago más cercano eran un espejo que le permitió verse tal como era: pequeño y frágil en la inmensidad del Universo.

No sintió miedo. Era joven y fuerte. El temor se había disuelto como la nieve del nuevo invierno. Pero había algo más que eso. Era parte del Todo y lo sabía.

No podía intuir lo que vendría pero era consciente de que no podía escapar de las responsabilidades. Sabía que el Destino se cumpliría hiciera lo que hiciese. Antes o después. Sus acciones sólo determinaban el tiempo.

El Tiempo. La única muralla en la vida del hombre. De todo hombre. De cada hombre. La muralla que separa lo añorado de lo deseado, lo recordado de lo real. Lo imposible de lo posible.

Montó el caballo y enfiló hacia el valle. Se limpió la cara con el pañuelo que llevaba en el brazo izquierdo. Una ráfaga de viento se lo arrebató de las manos pero no se detuvo. No miró hacia atrás. Ya no precisaba fetiches. Su historia estaba en él y no le importaba a nadie más. Adelante sólo quedaba el camino por recorrer.

X

—Mi padre quiere verte —le dijo Isabel. Había algo en su mirada que Galván no supo discernir. Durante todo ese tiempo la había ido conociendo lentamente, sin confundirla con ninguna sombra personal. Pero aún le faltaba mucho para llegar a aprehenderla completamente. Toda una vida quizá no resulte suficiente, pensó. Tal vez se necesitaran varias. Después de todo, una sola apenas alcanzaba para comprenderse a medias a sí mismo.

Acababa de refrescarse luego de la batalla y la acompañó hasta la cámara donde estaba Don José. Era la cuarta vez desde que había regresado al valle que debían contener un ataque masivo para el cual los sistemas autónomos de defensa no resultaban suficientes. Pero esta vez había sido distinto. Don José Artime fue al grano: —Leí tu informe y no pude dejar de preocuparme. ¿Estás seguro?

—No del todo, pero casi —le contestó Galván—. Los tres primeros ataques fueron de hordas numerosas pero desorganizadas y las pudimos rechazar fácilmente. Pero este último fue algo premeditado. Los efectivos estaban bien armados y seguían un plan táctico. Me temo que se trate de la operación terrestre de algún Reducto. —Hizo una breve pausa.— Ya hubo tres intentos de burlar el bloqueo electrónico. Las dos últimas veces fueron demasiado seguidas y al poco tiempo se produce este intento de asalto. Todo me lleva a pensar que esas tres intrusiones tienen un origen común.

—¡Somos tan pocos! —musitó el anciano—. Antes éramos suficientes para enfrentarnos a situaciones como éstas. Hoy sólo quedan los nativos y muchos cayeron en este combate. Ellos fueron los únicos que permanecieron fieles en la Revuelta, cuando murió la familia de Currufil, que te envió aquí.

—Lo sé —replicó Pedro—. Pero debemos aguantar como sea. Supongo que Afuera habrá aparecido alguien capaz de concentrar gran parte del poder existente y me temo que no surgió de entre los mejores.

Artime suspiró penosamente y empalideció aún más, si eso era posible.

—¿Qué le duele, Don José? —le preguntó preocupado Galván mientras se aproximaba a las pantallas de las terminales que lo monitoreaban. Isabel se acercó a su lado, acongojada.

—Ay, Pedro. El alma. La existencia. El pensar que es por el goce egoísta de una vida fugaz, del que un siglo de prudencia no nos podría expiar, que estamos así.

Cuando todo comenzó busqué aquí un refugio con mi hija huérfana pensando que sería útil para evitar la destrucción o para ayudar en la reconstrucción y creé un muy importante banco de datos. Luego enfermé y el complejo sólo sirvió para mantenerme en agonía perpetua. Quise dejarle a alguien el legado, pero vi en los corazones de la gente y sólo descubrí interés personal.

—Lo entiendo, Don José —dijo Galván cuando vio que Artime no corría peligro—. Yo también esperaba un nuevo amanecer, pero me encontré con los monstruos de afuera y con mis propias sombras. Quizá algún día. Quizá...

El Señor Herido permaneció largo tiempo en silencio. Su hija lo miraba con atención.

—Cuando viniste por segunda vez, me ofreciste tu banco de datos y el acceso a tu sistema junto con el servicio de tu persona. Te acepté lo último, porque te vi herido pero sanado, y te nombré capitán. No pretendiste la mano de hija como los otros y en este tiempo mostraste tu fuerza y tu nobleza. Por eso ahora reclamo la primera parte de tu ofrecimiento. Pero con una condición: que también recibas mi sistema y hagas lo que yo no pude.

—No sé si seré capaz —balbuceó Pedro.

—Pedro Galván, miráme a los ojos y contestáme: ¿prometés defender la Ciudad y emplear su potencial para lo que es realmente necesario, aun a costa de tu vida?

—Sí —contestó. Su voz sonaba extraña. Había miedo en ella. Había miedo pero también determinación.

—Entonces dame un beso, Isabel. Siempre te dolió verme así; a mí también. No te lamentés. Todo tiene un tiempo y ya es el momento. Los bendigo a todos.

Isabel lloraba pero no había nada que hacer. Las conexiones neuronales de José Artime ya habían impartido la instrucción al procesador central. Los circuitos de mantenimiento vital se estaban desconectando uno por uno. El Señor Herido cerró los ojos y el sistema comenzó a derivar la energía a otros periféricos. Una tormenta eléctrica se desencadenó en el cielo violeta, una tormenta como hacía tiempo que no se veía. El aroma del ozono refrescó la pesada atmósfera típica del efecto invernadero y el agua comenzó a correr por los canales del valle.

Isabel lloraba. Galván le tomó una mano sin saber cómo reconfortarla. Ella se echó a sus brazos y se le apoyó en el hombro. Galván no encontró palabras, pero estaba ahí y ya era algo. El Señor Herido —ya completamente desconectado, hipotéticamente más allá de la vida— abrió los ojos por última vez. Los miró y sonrió. Luego murió como debe morir todo hombre nacido de mujer.

José Currufil estaba pescando a orillas del mar. Habían pasado varios años desde la última vez que se encontrara con Galván, pero no los representaba. Seguía con sus tallas de madera y sobreviviendo en un mundo salvaje. Seguía recreando por sí mismo las tradiciones de sus padres.

Súbitamente se incorporó. Había un cambio en la textura del aire. Olfateó y aspiró profundamente. Lo invadió una sensación vivificante.

Miró hacia el este movido por un impulso. A lo lejos, en dirección a las islas, un resplandor anunciaba el amanecer. En el punto más bajo del horizonte brotó un punto rojizo que se volvió anaranjado. Cuando la mancha se volvió amarilla, vio un borrón negro recortado contra ella. A medida que el sol aumentaba su tamaño —un sol que había estado oculto durante quién sabe cuánto tiempo—, el objeto subía y subía mientras aumentaba su tamaño.

Al pasar sobre él lo pudo distinguir. Un cisne. Un cisne blanco que volaba hacia las montañas. Sólo muy lejos en el norte las nubes seguían espesas. Pero no importaba. Era un buen amanecer y rogó a Nguenechén para que la claridad también llegara al espíritu de los hombres.

Santiago Oviedo